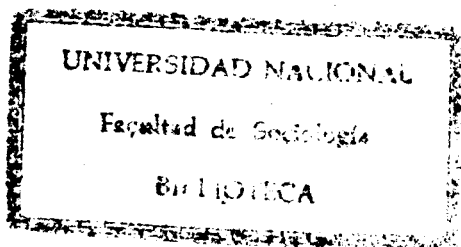


Biblioteca Popular de Cultura Colombiana

Juan Francisco Ortiz

REMINISCENCIAS



*Publicaciones del Ministerio
de Educación de Colombia.*

Prensas de la Biblioteca Nacional.—1946

986. 1041

D 77
ef. 2

Juan Francisco Ortiz

Reminiscencias

015843 -

SYS 166675

15843 -



PROLOGO

En 1846, habiendo yo emprendido un viaje a Chocontá, encontré reunidos, como a una o dos leguas acá de esa población, al padre Sáenz, párroco de ella, y ciento o doscientos vecinos que habían salido al encuentro de su querido jefe político, don Juan Francisco Ortiz, quien se había trasladado a Bogotá por algunos días. Su llegada fue festejada con grandes aclamaciones y muestras de cariño. Esa noche se reunieron en la casa cural, a más del padre Sáenz y de un padre Ruiz, a quien todo el mundo conocía por El padre Ruicito, el señor Ortiz y otras varias personas, todas de ingenio y de chispa y de una escrupulosidad o una timoratez un poquito menos rigurosa que la que yo, casi adolescente entonces, había esperado siempre descubrir en personas tan caracterizadas y tan graves como los padres graves y los jefes políticos.

Desde esa noche formé de lo ameno y embelesador de la conversación de don Juan Francisco el juicio que luégo vi confirmado en las infinitas ocasiones en que tuve el gusto de tratarlo, juicio idéntico al formado por el público que veía sus escritos y al del público de hoy que ha de leer el titulado Mis reminiscencias.

Soñ los recuerdos parte de nuestra propia vida o asideros de que nos agarramos para que la vida no huya ni se nos escape tan aprisa. Por eso todos los hombres, y particularmente los viejos, que tan

apegados nos sentimos a la vida y por consiguiente a lo que es parte de ella, anhelamos fijar nuestros recuerdos y darles cuerpo y consistencia escribiéndolos. Duélenos que se extingan y que después de nosotros se pierdan y no sigan pasando de boca en boca y de generación en generación.

¡Felices aquellos que, como el autor del presente libro, logran satisfacer ese antojo de hacer imperecederos sus recuerdos, dejándolos consignados en obras que con su atractivo y por su interés sean capaces de captarse la atención de la posteridad y del público!

Gastando el mismo estilo con que por muchos años estuvo embelesándonos a sus paisanos con sus cuentos, sus artículos de costumbres y sus otras variadísimas producciones, escribió don Juan Francisco Ortiz muchas de las cosas que fueron quedando grabadas en su memoria durante una vida que, si no fue muy diferente de la del común de los hombres de su misma condición, corrió en unos años en que se ofrecieron en abundancia y variedad objetos en que pudiera ejercitarse un espíritu tan observador como el que a él lo animaba.

En las historias generales de las naciones solíanse buscar antes preferentemente noticias de grandes sucesos y cosas trascendentales, de gloriosas victorias y tremendas derrotas, de la serie de los soberanos que habían regido un país, del engrandecimiento y la caída de los imperios. Los modernos no nos satisfacemos con historias de ese género: queremos ver lo pasado como vemos lo presente, esto es, pudiendo conocer como de vista a las personas cuyos nombres alcanzan a figurar en la historia; pudiendo oírlos hablar; sobre todo,

viendo cómo viven la vida privada. Más nos satisface el saber en qué se entretenía cuando estaba solo en su cuarto o conversando con su barbero, un general o un emperador, que informarnos del plan que adoptó para hacer una conquista o para ganar una gran batalla.

Más circulan y con mayor interés se leen las obras escritas recientemente sobre los dos Napoleones, en que se ponen a la vista muchas menudencias tocantes a su vida privada, que las obras en que no se había tratado más que de su política, de sus conquistas y de sus campañas.

Gastón Boissier, Ferrero y Dezobry, haciéndose cargo de este gusto moderno, compusieron sobre la época romana obras que hoy se leen con avidez y se saborean con fruición intensa y deliciosa.

Los Episodios nacionales, de Pérez Galdós, son tal vez la más notable entre las obras literarias españolas de nuestros días y la más leída y extendida por los países extranjeros.

Sin ir muy lejos a buscar obras que puedan citarse para comprobar la opinión que estoy sustentando, hallamos una que parece hecha adrede para comprobarla. Hablo de las Reminiscencias de don José María Cordovez. Puede apostarse, sin pizca de temor de perder, que el número de los colombianos que han comprado y leído esta obra es infinitamente mayor que el de los que han comprado y leído las obras de don José Manuel Restrepo, de don José Manuel Groot y del general Posada.

El señor Ortiz, al escribir su libro, parece haberse propuesto satisfacer, a lo menos en parte, esta necesidad de pormenores y de intimidades que ahora nos aqueja a todos. Todo lo que nos cuenta,

o lo más de lo que nos cuenta, sirve para llenar lagunas de las que no pueden dejar de abundar en las historias generales de Nueva Granada y de Colombia.

Nuestra juventud actual, y no sólo nuestra juventud, sino todos aquellos paisanos nuestros que, mediado el siglo XIX, no habían nacido aún, o no habían alcanzado a la edad de la razón, han podido conocer en parte nuestra historia general correspondiente a los primeros lustros de aquel siglo, y los principales sucesos políticos que a ella pertenecen; han podido conocerlos merced a la lectura de las obras históricas que dejamos citadas. Pero de muchos de los particulares relativos a la política, y de muchos más de aquellos que pueden dar idea de nuestro modo de ser privado, social y literario en tiempos que para aquellos paisanos nuestros son ya antiguos, sólo han podido adquirir unas pocas noticias, y éstas no siempre exactas, gracias a uno que otro trabajo publicado en revistas y periódicos y una que otra especie que han oído en conversaciones con sus mayores de edad.

Estas Reminiscencias del señor Ortiz pueden poner al corriente a todos los colombianos de la época presente, de no pocos asuntos y sucesos de los cuales no tienen sino cuando más una idea muy somera. Por ejemplo, apenas habrá colombiano que no haya oído hablar del Liceo Granadino, pero no puede llegar a docena el número de los que saben qué fue el Liceo, quiénes fueron sus fundadores y sus miembros y cuáles fueron sus trabajos; en este libro pueden hallar puntual noticia de estos particulares.

Muchos puntos históricos han sido esclarecidos por nuestro autor. La oposición o, mejor dicho, la guerra hecha por Santander a Bolívar; la conspiración del 25 de septiembre; la revolución de 1841, los retozos democráticos de 1851; la revolución de 1854; las borrascas de la asamblea de Boyacá en 1858; la revolución de 1861. De todos estos hechos están expuestos el origen y los antecedentes.

Aun los que somos cuasi contemporáneos del señor Ortiz hallamos en sus Reminiscencias la explicación de incidentes que picaban nuestra curiosidad, verbigracia, por qué razón el mismo don Juan Francisco había sido melista. Hay que saber que los únicos individuos que, entre cuantos alternaban con la parte distinguida de la sociedad bogotana, abrazaron la causa de Melo, fueron don Juan Francisco y Joaquín Pablo Posada. En este libro se halla el punto suficientemente esclarecido.

Era don Juan Francisco uno de aquellos hombres en quienes mejor se han amalgamado los caracteres y las cualidades propios de los granadinos del tiempo de la Colonia, con las condiciones y caracteres propios de los de la edad presente: así, no es extraño que su libro dé idea de la época de la Independencia y de la subsiguiente, haciendo conocer cómo se pensaba y se vivía en los años a que él perteneció.

Es bueno se sepa, como nos lo hace saber el señor Ortiz, que allá en los tiempos de la Independencia no faltaba quien, sin ser español ni devoto de Fernando VII, se hiciera cargo de que nuestra población no estaba entonces madura para la independencia, ni quien previese lo que había de suceder una vez que hubiésemos sacudido el yugo.

Están en estas Reminiscencias retratados con imparcialidad personajes como Obando, Melo, Ospina, Murillo, que antes de ser juzgados por el señor Ortiz no lo habían sido sino por quienes los veneraban como a seres perfectos, o los detestaban como a azotes de la humanidad.

¿A qué bogotano no le ha sucedido oír hablar de ciertos individuos que por uno o por otro camino descollaban o se hacían sentir hace poco más o menos medio siglo en nuestra sociedad, pero de quienes no se tenían todas las noticias que nuestra curiosidad pudiera apetecer?

Yo, por ejemplo, había oído hablar en mis primeros años de don Honorato Vila, médico a quien se atribuían grandes aciertos y cuyas decisiones se citaban como oráculos. Confieso que mientras no vi el presente libro permanecí en la ignorancia en lo tocante al dicho de don Honorato. No faltará quien sienta curiosidad de saber pormenores sobre Miralla, sobre el canónigo Guerra, sobre José María Torres Caicedo y su venerable padre, don Julián; sobre Leonardo Canal; sobre nuestra poetisa doña Silveria Espinosa de Rendón; sobre Sucre, el canónigo; sobre los dos distinguidísimos eruditos y escritores don Rafael María Baralt y don José de la Natividad Saldhana, extranjeros que honraron nuestro suelo. Los que manejen este libro verán satisfecha su curiosidad.

Lo que se nos refiere concerniente a sucesos que han pasado en nuestra tierra, cobra grande interés cuando las personas que figuran en tales relatos han pertenecido a las familias a quienes conocemos. Para los más de los lectores bogotanos, y tal vez pudiera yo decir colombianos, a cuyas manos

ha de ir esta obra, abundan en ella ejemplos que comprueban la exactitud de esta observación.

El presente libro puede mirarse como colección de documentos históricos a que da valor el hecho de haber sido escrito no para lucir, dejando en lo impreso un testimonio del ingenio o de la laboriosidad del autor, sino sencillamente para no dejar perecer recuerdos que se habían hecho amables.

Así como puede tener gran mérito y subido valor un cuadro en que un hábil pintor haya representado al más mísero e insignificante de los hombres, una biografía, aunque no sea más que la pintura de cualquier hombre, no puede dejar de tener interés y atractivo. Este interés y este atractivo vienen a ser tanto mayores cuanto más grande sea el mérito y más distinguidas las prendas del individuo cuya biografía se escribe.

Una de las más valiosas recomendaciones del presente libro consiste en que ofrece, ya que no biografías completas, copiosos datos para hacer o para ilustrar las de muchos cuyos nombres no merecían ser entregados al olvido.

Sobre lo que llamaré el método seguido por el señor Ortiz para escribir este libro, diré que a vuelta de informarnos acerca de su origen y referir particularidades respecto de sus ascendientes y de toda su familia; y a vuelta de pintar la situación de una familia de patriotas durante la guerra de la independencia, nos da abundantes y curiosas noticias sobre sucesos e incidentes relativos a ella.

Hechas las narraciones concernientes a lo que les pasó a él y a su familia en los primeros años a que se refieren sus Reminiscencias, sigue el señor Ortiz enlazando de un modo natural sus recuer-

dos personales y de familia con los de sucesos políticos y de cosas que llamaban la atención pública, y emitiendo sobre los de naturaleza política juicios formados con libertad e imparcialidad de que en escritos de otros autores solemos ver pocos ejemplos.

Frecuente era que los que tratábamos a don Juan Francisco nos preguntásemos ¿por qué este amigo, que es indudablemente más inteligente, más instruído y más versado en toda especie de asuntos, que ha ocupado puestos distinguidos y que escribe cosas tan interesantes, no hace por lo menos tanto viso como muchos otros sujetos inferiores a él por todos conceptos? ¿Por qué no se reflejaba bastante en él el brillo de su ilustre hermano?

Nunca pudimos hallar respuesta satisfactoria para aquellas preguntas. Estas hubieron de hacerse con más interés cuando se vio la suma indiferencia con que fue por todos recibida la noticia de su muerte.

Sólo un distinguidísimo escritor caucano hizo, en uno de sus interesantes trabajos, muy expresivo elogio de don Juan Francisco, y se saboreó recordando los días en que se le había visto en el Valle del Cauca.

La diferencia en el modo de ser considerados los dos hermanos, ¿pudo atribuírse a la diferencia de su físico? Don José Joaquín fue de joven por extremo agraciado, y de viejo tuvo aspecto de prócer; don Juan Francisco fue en todas sus edades muy feo: era de estatura mediana, de carnes un poco abultadas, de color que no compensaba la poca regularidad y la ninguna gracia de la nariz y de la boca. Era tuerto, como Filipo, como Gam-

beta, como Bretón de los Herreros; pero ese defecto podía mirarse en don Juan Francisco como un atractivo, pues gracias a él, su mirada, mirada penetrante y como maliciosa, armonizaba maravillosamente con la expresión de toda su fisonomía, y daba a su conversación y a sus dichos una gracia, una intención, un sello característico. De su fealdad puede decirse lo que dijeron los hermanos Margueritte de la de no sé qué periodista: era una fealdad inteligente.

Su aspecto era plácido; era el de un hombre que se siente satisfecho de sí mismo.

Don José Joaquín era un padre de familia respetabilísimo, de costumbres austeras y de ejemplar piedad.

Don Juan Francisco permaneció siempre solterón, y bien que fuese aficionado a tratar con las muchachas, a cantarlas en bellas poesías, y aun a camelarlas, los pasos que dio para salir de aquel estado fueron pocos y siempre dados muy flojamente.

De la idea que trato de hacer formar al lector, del genio festivo, de la jovialidad y de la gracia que abundaba en sus escritos y en sus conversaciones, pudiera alguno inferir que don Juan Francisco era lo que hoy llaman un bohemio. Dios nos libre de que haya quien lo piense. En sus días no había bohemios; o, si los había, eran designados con el nombre que verdaderamente les correspondía. Todavía no se había dado en mudarles sus nombres a las cosas: los hombres capaces, o de talento, no eran los intelectuales; ni lo profundo era sugestivo; ni lo universal, mundial; ni los bohemios.... pero más vale callar.

Conservador, y de arraigadísimos principios católicos, y colaborador eficaz de su hermano en sus tareas periodísticas, don Juan Francisco debió ser siempre estimado y considerado por los conservadores, y no lo fue, a lo menos en el grado debido.

Periodista fue desde temprano y periodista conservador. Joven todavía, fundó tres periódicos contra el general Santander.

Sólo en 1854 estuvo aparentemente separado de los conservadores, pero aquello fue cosa accidental. Ortiz creyó que a la causa conservadora era más adverso el golgotismo, es decir, el liberalismo doctrinario representado por Melo o, si se quiere, por Obando. Tal vez tuvo razón. Sabe Dios si la alianza con los doctrinarios radicales no dio origen a las abdicaciones de 1858 y a la consecuencial y subsiguiente revuelta de 1861. A las circunstancias que hubieran debido favorecer a don Juan Francisco, hay que agregar la de que su apellido fue de los que se ilustraron en la guerra de la independencia y aun antes de ella. Su padre era don José Joaquín Ortiz Nagle, abogado de la real audiencia, que en ella llegó a ocupar el puesto de fiscal. La firma de éste aparece entre las que se pusieron al pie del acta de la Independencia, y si su nombre no se ve entre los de los fusilados por Morillo, sí es de los que forman la lista de los granadinos que purgaron en las bóvedas del castillo de Puerto Cabello su amor a la independencia. Este le costó además una gruesa fortuna, de la que hacía parte la famosa hacienda de El Salitre, en Paipa.

Por el lado materno, los Ortices pertenecían también a una familia que por allá en la región que al presente forma el Departamento de Tunda-

ma se distinguió mucho al principio del siglo pasado, ya por la riqueza de varios de sus individuos, ya por haber alguno de éstos desempeñado importantes funciones públicas.

Como poeta, a don Juan Francisco no le hicieron, en mi concepto, ventaja otros contemporáneos suyos como don José Eusebio Caro y don José Joaquín Ortiz. Otros hubo de más inspiración y más sentimiento, como Arboleda y Gutiérrez González, pero, ya por su instrucción, por su facilidad para versificar correctamente, por la variedad de los asuntos sobre que versificaba, y ya, sobre todo, por el chiste que abunda en sus numerosas poesías festivas, él podía ser colocado en categoría bastante elevada.

Apenas se hallará revista o periódico literario de los publicados en Bogotá desde 1840, o tal vez desde algunos años antes, hasta 1875, que no contenga algunas producciones de don Juan Francisco Ortiz, ya en prosa, ya en verso. Si bien sus poesías son muy notables, sus trabajos en prosa lo son más. Quien posea La Guirnalda, preciosa colección de piezas literarias hecha en 1855 y 1856 por don José Joaquín Ortiz, verá en ella bastantes composiciones de su hermano. En El Porvenir, periódico fundado por don José Joaquín en 1855, salieron también muchas.

Todas las que escribían llamaban la atención del público. Entre otras que merecieron especial aplauso y que han sido reimpresas varias veces, quiero citar la titulada Carolina la bella, cuento o más bien novela corta a que sirvió de argumento un trágico y ruidoso suceso que había conmovido a la sociedad de Bogotá. No puedo dejar de mencionar

también la pieza titulada *Míster Keg*, que, leída en una sesión del Liceo, fue ruidosísimamente aplaudida.

Del señor Ortiz no quedó libro, o no quedó más que la colección de sus primeras poesías, publicada por sus amigos don Juan Antonio y don Bartolomé Calvo.

Siempre abrigó y acarició el proyecto de publicar, o la esperanza de que otros publicaran, colecciones de escritos suyos. Bien abultados pudieran haberse hecho de artículos políticos que formaban serie, como las *Cartas de Piquillo y a Piquillo*; de informes oficiales o relaciones que compuso al dejar varias de las poblaciones en que había ocupado puestos gubernativos; y de artículos de otros géneros, principalmente del de artículos de costumbres, de cuentos, de leyendas, de relaciones de viajes y de traducciones de poesías latinas.

Muy de paso hice arriba mención del estilo de don Juan Francisco Ortiz. Ese estilo era recomendable por aquella sencillez, aquella naturalidad y aquella claridad que son más difíciles de imitar que los encumbramientos, los alambicamientos, los estudiados artificios de que se valen los escritores que corren siempre desalados tras la originalidad y que parecen haber escrito complaciéndose morosamente en paladear lo que han ido componiendo.

A las relaciones contenidas en este libro dio su autor la misma forma que les habría dado si, en vez de escribirlas, las hubiera hecho de palabra en una conversación familiar.

Escritores españoles modernos, como Pereda y Pérez Galdós, han dado encanto y originalidad a su modo de escribir, mediante el uso de ciertas ex-

presiones que hace algunos años nadie se hubiera atrevido a emplear sino en las conversaciones más íntimas y familiares.

Don Juan Francisco, como enemigo jurado que era de todo lo afectado, y como amiguísimo de todo lo sencillo y natural, no pudo dejar de hacerse al uso de aquellas expresiones. “Una, dice en cierto pasaje, que no debe llamarse simplemente buena vida sino magnífica vidorria.” “Salí, dice en otra parte, para Neiva a sudar el quilo.” “Un día, dice también, en que estaba dado a Barrabás, por no decir otra cosa.” “¿Y qué tenemos, pregunta en un párrafo en que censura al general Mosquera, qué tenemos con que fuera 1º de abril, o 25 de septiembre o 4 de julio?”

Bien que don Juan Francisco supiese ser serio cuando llegaba la ocasión, esto es, cuando se trataba de cosas serias, su espíritu, a un mismo tiempo observador y festivo, se dejaba traslucir siempre aun en los más serios escritos políticos. Su importante artículo Los tres candidatos contenía, según lo recuerdo, un retrato de don Mariano Ospina, retrato de aquellos en que se logra más con una pincelada breve y sola que con abundancia y recargo de rasgos.

Sabrosa era la conversación de don Juan Francisco. Ameno y chistoso era él hallándose a cien mil leguas de ser gracioso de profesión. No era de aquellos que con la expresión de su semblante están siempre anunciando un chiste o provocando uno de su interlocutor.

J. MANUEL MARROQUIN

Bogotá, febrero de 1907.

MIS REMINISCENCIAS

Opúsculo autobiográfico

INTRODUCCION

Un año ha transcurrido desde que concebí la idea de estampar en este libro, que llamé desde entonces *El álbum de mis reminiscencias*, unos apuntes autobiográficos que probablemente van adjuntos a mi *Colección de cuadros de costumbres*. La historia de mi vida no tiene incidentes ni aventuras que la hagan notable: sin embargo, es la vida de un hombre, y esto es ya mucho decir, por ser el hombre el estudio propio y digno del hombre, según el pensamiento de Pope:

The proper study of mankind is man.

El tiempo, que al tocarlos con su ala desmorona los imperios, va pasando rápidamente, y no quiero exponerme a que me toque y me desmorone a mí también, y me haga dormir ese largo sueño de que no se despierta jamás, sin dejar a los míos este recuerdo. Tomo, pues, la pluma, y haré que brote la verdad de mi narración, y no la escribo en verso,

Porque si en versos refiero
mis sucesos importantes,
me fuerzan los consonantes
a decir lo que no quiero.

(Baltasar de Alcázar).

Enero de 1859.